

sas de corso en la costa de Guinea. Con ellas su hijo *Charles de Valera* asaltó y puso fuego á una nao grande portuguesa llamada *La Borralla* «cargada de arneses de Milán, é cubiertas, é brocados, é sedas de gran valer»; y luego *barajó trece islas de Guinea*, y prendió al capitán que el rey de Portugal tenía en ellas, y trajo por botín cuatrocientos esclavos. No parece, sin embargo, que tales empresas piráticas le enriqueciesen mucho, puesto que á menudo se queja del atraso de sus pagas, del mucho dinero que había invertido en balde, y del escaso galardón que los reyes daban á sus tan cacareados servicios.

El caudal literario de Mosén Diego no es tan exiguo como da á entender el conde de Puymaigre. Al contrario, fué uno de los escritores más fecundos de su siglo, y apenas hubo género en que no pusiese la mano. Su estilo es uno de los más fáciles y agradables de aquella centuria, en que puede decirse que hubo dos líneas de prosistas: una la pedantesca y latinizada, que empieza en D. Enrique de Villena y termina en Alonso de Palencia; otra la sana, jugosa y robusta prosa política que se dilata desde las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán hasta los *Claros varones* y las *Letras* de Hernando del Pulgar. A esta última pertenecen los escritos de Mosén Diego de Valera, y en especial sus veintisiete *Epístolas enviadas en diversos tiempos é á diversas personas*, que son sin disputa la mejor de sus obras, y uno de los documentos más preciosos de la lengua del siglo xv. Sin ser propiamente cartas familiares, sino más bien memoriales, disertaciones y arengas políticas disfrazadas en forma epistolar, participan, no obstante, de la soltura y animación propias de las correspondencias auténticas, y el estilo, casi siempre natural y á las veces enérgico y apasionado, parece transportarnos en medio de las luchas políticas del siglo xv, que hablan allí con más viveza que en las páginas de ninguna historia.

Sigue en mérito y en interés á las cartas, el *Memorial de diversas hazañas* (1), que más propiamente debiera titularse *Crónica de Enrique IV*, y coincide en todo lo substancial con la que vulgarmente se llama *Crónica castellana de Alonso de Palencia* sin más fundamento que estar tomada en parte de la *Décadas* latinas de aquel historiógrafo.

Pero no es el *Memorial* la obra histórica más conocida de Valera. La más popular, la que se reprodujo en numerosas ediciones (más de doce) durante los siglos xv y xvi, la que por el nombre de su autor fué designada con el título de *Valeriana*, es la gruesa compilación que lleva los títulos de *Corónica de España* y *Corónica Abreviada*, dirigida á la Reina Católica, é impresa en Sevilla en 1482 por Alonso del Puerto. Y son de notar en la advertencia final los encarecimientos que el autor hace del arte de la imprenta, inventado en sus días, y por virtud del cual alcanzaba á ver multiplicado uno de sus libros. «Agora de nuevo, se renisima princesa, de singular ingenio adornada, de toda dotrina alumbrada, de claro entendimiento manual, así como en socorro puestos ocurren con tan maravillosa arte de escrevir do tornamos en las edades áureas, restituyéndonos por multiplicados códices en conocimiento de lo pasado, presente é futuro, tanto quanto ingenio humano conseguir puede, por nación alemanes muy expertos é continuos inventores en esta arte de impremir, que sin error divina dezir se puede: de los quales alemanes es uno Michael Dachaver, de maravilloso ingenio é dotrina, muy esperto, de copiosa memoria, familiar de Vuestra Alteza, á espensa del qual é de García del Castillo, vecino de Medina del Campo, tesorero de la hermandad de la cibdad de Sevilla, la presente *Historia General* en multiplicada copia por

(1) Le publicó por primera vez D. Cayetano Rosell en el tomo III de *Crónicas de los Reyes de Castilla*, de la Biblioteca de Rivadeneyra.



»mandado de Vuestra Alteza... fué impresa por Alonso del Puerto, etc., etc.»

El hecho de haber sido la primera *Crónica general* que vió la luz pública no contribuyó poco á la boga, bastante inmerecida, que obtuvo este libro. Venía á llenar la necesidad apremiante de un compendio de la historia nacional, y sirvió por medio siglo á falta de otro mejor. Fué base de esta compilación, como de todas las de su género, que tanto abundan en nuestra literatura de los siglos XIV y XV, la antigua *Crónica general* mandada escribir por Alfonso el Sabio; pero Mosén Diego de Valera, muy dado á todo género de patrañas é historias fabulosas, y tan falto de toda luz crítica respecto de las cosas pasadas y remotas como prudente y avisado en las próximas y presentes, procuró enriquecer su obra con ficciones tomadas de muy distintos originales, intercalando sin discreción todo lo que había leído en otros centones históricos franceses y latinos, y cuanto había oído en sus peregrinaciones por Europa. La primera parte de su *Crónica*, que es una especie de cosmografía, puede alternar con los viajes de Mandeville, de los cuales en parte está sacada. Valera admite la existencia de hombres acéfalos, con ojos en los hombros y narices en los pechos: diserta largamente sobre el Preste Juan y su corte: nos enseña que en Inglaterra hay hojas de árboles que se convierten en pescados, y otras en aves marinas parecidas á las gaviotas. Las partes segunda y tercera, que terminan respectivamente en la invasión de los godos y en la invasión de los árabes, y aun la mayor parte de la cuarta, sirven, no para la historia real, sino para estudiar el desarrollo de la historia poética, que tanto en las ficciones enlazadas con la pérdida de España (cueva de Toledo, aventuras de la Cava), como en las leyendas de Bernardo, Fernán González y el Cid, aparece engalanada con nuevos pormenores, en que se ha de ver el reflejo, ya de verdaderos libros de caballerías como la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral, ya de cantares

de gesta degenerados y de última hora como el de las mocedades de Rodrigo, quizá no conocidos tampoco originalmente, sino por virtud de compilaciones históricas intermedias entre la *General* y la *Valeriana*. Desde la muerte de San Fernando, en que termina el texto atribuido á Alonso el Sabio, Mosén Diego sigue con bastante exactitud las crónicas regias; pero al llegar al reinado de D. Juan II (límite de su obra) escribe por cuenta propia, y nos da en rigor una nueva *Crónica* de este reinado, muy digna de atención como de testigo presencial y aun actor en casos muy importantes, con la circunstancia de no haberse valido de la *Crónica* que ya entonces existía, pues aunque muchas veces se la pidió á la reina, en cuya cámara estaba, nunca consiguió leerla, y tuvo que contentarse con sus personales recuerdos: «Así, muy poderosa princesa, escribiré como á tienta aquello de que me acordare é sé que pasó en verdad desde que fui en edad de quince años, en que á su servicio vine, hasta su fallecimiento (el del rey D. Juan II).» A pesar de tan terminante declaración, que, como dirigida á la misma reina, excluye toda sospecha de falsedad, es tal la semejanza entre ciertos capítulos de la crónica y el texto de la *Valeriana*, que no han faltado quienes acusasen á Mosén Diego de haber intercalado, por pura vanagloria, en la *Crónica de D. Juan II*, los lugares en que se habla de su persona, sus dos primeras cartas políticas y todo el relato de la prisión y proceso de D. Alvaro de Luna. Pero lo verosímil es creer que tal interpolación fué hecha despues de 1482 por cualquiera que había leído la *Crónica abreviada* y juzgó de gran curiosidad añadir sus noticias á las de la *Crónica de Don Juan II*, que pasó por tantas manos antes de llegar á las de Galíndez de Carvajal.

La *Genealogía de los reyes de Francia*, tomada en su mayor parte de la *Crónica Martiniana*; un breve tratado sobre los *Orígenes de Roma y Troya*; un *Tratado de los linajes nobles de España*, y algún otro



opúsculo de materia genealógica, inéditos hasta el presente, completan la serie de las obras históricas de Mosén Diego de Valera. De interés también puramente histórico para nosotros son el célebre *Tratado de las armas*, más comúnmente llamado *de los rieptos é desafíos*, del cual existen dos rarísimas ediciones sin año ni lugar de impresión: breve, exacto y elegante compendio de las leyes y prácticas caballerescas observadas en Francia, Inglaterra, Alemania y España, digno, en suma, de quien tantas lanzas había roto en justas y torneos y á tantos pasos de armas había llevado su empresa; el de las *Preeminencias y cargos de los Oficiales de armas*, incluyendo no sólo los llamados *reyes*, sino los *farautes y persevantes*; y aun si se quiere el *Ceremonial de Príncipes*, que declara las prerrogativas de emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, etc. Se le atribuye además una traducción del *Arbol de las batallas*, libro francés de Honorato Bonnet; pero la única que hemos visto es de Antón de Zorita, criado del marqués de Santillana, para quien la hizo en 1441 (1).

Entre los tratados que pudiéramos decir doctrinales, de moral ó de política, sección muy abundante en las obras de Mosén Diego, merecen especial aprecio el de *Providencia contra Fortuna*, muchas veces impreso al final de los *Proverbios* del marqués de Santillana, y reproducido casi íntegro por Capmany como tipo de la mejor prosa del siglo xv, aunque no sea más que un tejido de lugares comunes; el *Breviloquio de Virtudes*; el *Doctrinal de Príncipes*, inédito todavía, aunque es de los más curiosos, porque prin-

(1) Así el *Tratado de las armas* como el *Ceremonial de Príncipes*, el de las *Preeminencias*, el *Espejo de verdadera nobleza* y el *Tratado en defensa de virtuosas mujeres*, figuran en el tomo publicado por la *Sociedad de bibliófilos españoles*, en 1878, con el título de *Epístolas de Mosén Diego de Valera... juntamente con otros cinco tratados del mismo autor*. Cuidó de esta edición D. José Antonio de Balenchana.

cialmente trata de las diferencias entre el rey y el tirano; la *Exhortación á la paz*, que es casi una paráfrasis de las dos cartas que dirigió á D. Juan II; y, finalmente, la *Defensa de virtuosas mujeres* y el *Espejo de verdadera nobleza*, libros que tienen punto por punto los mismos temas que el *Triunfo de las donas* y la *Cadira del honor* de Juan Rodríguez del Padrón, con la diferencia de dar Valera más espacio á los ejemplos históricos que á la argumentación escolástica, y con la diferencia todavía mayor del estilo, que en el cronista de Cuenca es por lo común llano, apacible y ameno, al paso que en el trovador gallego peca constantemente de alegórico, redundante, emblemático, y si se quiere poético, pero con mala manera de lirismo (1).

Sólo la importancia del personaje presta alguna cu-

(1) Es curiosa la diatriba que contra Boccaccio se lee en este libro: «Pues á ti, Juan Boccaccio, que en los postrimeros días de tu vida las amortiguadas llamas de amor revivastes, por las quales fueste constreñido tus loables fechos con poquillas de letras manzillar, ¿tú eres aquel que escreviste libro de *Claras mujeres*, onde con gran trabajo ayuntaste la castidad é perpetua virginidad de muchas? ¿Tú eres aquel que escribiendo el tu libro de las *Caydas*, recontando las condiciones de las mujeres no buenas, dixiste: no quiera Dios que yo diga, por todas; que en ellas hay muchas santas, é castas, é virtuosas, las quales con grant reverencia son de acatar; é después, olvidada la vergüenza de ti, escreviste en el tu *Corvacho* lo que mi lengua debe callar? ¡Oh, vergonzosa cosa, no solamente para ti, más aun para el hombre del mundo que menos supiese!...» Y en nota añade: «Decía yo esto, porque cuando Juan Boccaccio escrebió este libro *Corvacho*, era enamorado de una dueña florentina, é como fuese él en edad aborrescible para ser amado, ella burlaba mucho dél, é amaba á un otro mancebo florentino; y el mesmo Juan Boccaccio en este *Corvacho*, dixe que la dueña, estando con aquel mancebo, muchas veces burlando dél, desía: «*Ves alli al enamorado mio*, de lo qual mucho indignado Juan Boccaccio escribió en este libro muchas fealdades generalmente de todas las mujeres.»



riosidad á las poesías de Mosén Diego de Valera que nos han servido de pretexto para dar esta breve razón de su persona. Estos versos, pocos y malos, se encuentran dispersos en varios Cancioneros impresos y manuscritos: hay cinco composiciones en el de Stúñiga, y otras varias en el que fué de Gallardo, en los de la Biblioteca Nacional de Paris, en uno de la Biblioteca de Palacio. Las únicas que suelen citarse, no por otra cosa que por lo disparatadas é irreverentes, son las parodias eróticas (inéditas todavía, según creo) de los siete *Salmos penitenciales* y de la *Letanía*, donde entre otros santos de su peculiar calendario invoca á Tarquino, el forzador de Lucrecia. Escribió Valera alguna que otra poesía política, entre ellas una con ocasión del suplicio de D. Alvaro, pero sus *letanias* y sus *salmos* son los que hicieron escuela. Pronto le imitaron como á porfía Juan de Dueñas y Suero de Ribera en sus respectivas *Misas de Amor* (1), donde se leen los más absurdos sacrilegios, traduciendo, v. gr., el *Agnus Dei*: «*Cordero de Dios de Venus*», y el *Credo in unum Deum*:

Creo, Amor, que tú eres  
Cuidado dó placer yace,  
Que faces á quien te place  
Rescebidor de placeres...

Ya veremos cómo á todos les arrebató la palma en tan detestable género aquel energúmeno de Garci Sánchez de Badajoz, que compuso las *Lecciones de Job alegorizadas al Amor*, «y estaba en punto si la locura no le atajara (dice D. Diego de Mendoza) de hacer al mismo tono todas las homilias y oraciones.» Cómo se compagina todo esto con tanta cristiandad como dicen que había en tiempos antiguos, no será yo quien lo

(1) Publicada la de Ribera por Ochoa, *Rimas Inéditas del siglo XV*, página 339. La de Juan de Dueñas está en el Cancionero inédito que fué de Gallardo.

determine: puede que á estos poetas les pasase lo que á los sacristanes, que pierden la reverencia á las imágenes de los santos de puro quitarlas el polvo.

Creemos inútil, en trabajo tan compendioso como el presente, tejer el inventario de los innumerables versificadores del tiempo de D. Juan II, puesto que nada nuevo podrían añadir á lo que conocemos por el estudio de los ingenios culminantes. Con decir que en aquella corte todo el mundo hizo versos, bien puede inferirse la cantidad, y también la calidad, de semejante producción. El aspecto social es lo único que suele interesar en esta poesía, y la biografía de los poetas suple muchas veces las deficiencias de sus versos. Poco valen, por ejemplo, los de Suero de Quiñones; pero para nadie puede ser indiferente el saber que los compuso, y que probablemente fueron dirigidos á aquella misma dama por cuyo amor, y en señal de esclavitud, llevaba todos los jueves al cuello una cadena de hierro, hasta que concertó su rescate en «trescientas lanzas rompidas por el asta con fierros de Milán», en la puente de Orbigo, camino de Santiago, quince días antes y quince después de la festividad del Apóstol. Aquí la prosa de un documento oficial, el testimonio del notario Pedro Rodríguez de Lena, triunfa de toda ficción posible. Es la caballería en su segundo período, frívola, mundana y galante, tanto más deslumbradora en sus quimeras cuanto más próxima á su ocaso. Ilustres poetas modernos, el Duque de Rivas en el *Paso Honroso*, Maury en *Esvero y Almedora*, han renovado este argumento, que entre los contemporáneos no inspiró versos, sin duda porque el caso, en medio de su extrañeza, tenía en España y fuera de ella, especialmente en la corte de los Duques de Borgoña, hartos ejemplos.

Más que las querellas de amor, y las divisas y los motes de los trovadores aristocráticos del siglo XV, sirven para la historia las cínicas y desvergonzadas lucubraciones de sus protegidos ó parásitos, los poe-



tas semipopulares ó más bien plebeyos, de que ya hemos visto tantas muestras en el *Cancionero de Baena*, empezando por su propio colector, que es uno de los más desaforados, maldicientes y pedigüeños. Este género de sátira procaz, licenciosa y callejera, abunda en tiempo de D. Juan II, pero menos que en los dos reinados posteriores. El poeta que principalmente la personifica, así por lo espontáneo y acerado del chiste como por la torpeza habitual de su empleo, Antón de Montoro, *el Ropero* de Córdoba, empezó á escribir en este período; pero alcanzó al de los Reyes Católicos, y el principal y digno teatro de su musa facinerosa y desalmada fué la corte de Enrique IV: allí iremos á buscar, como en su propio centro, á Montoro, que fué, sin disputa, el rey de los poetas de donaire en el siglo xv. Juan de Valladolid, el llamado *Juan Poeta*, su émulo en truhanería y desfachatez, ya que no en ingenio, pasó por la corte napolitana de Alfonso V, y á ella pertenece su estudio. Micer Martín *el Tañedor*, que, como su apodo lo indica, era un juglar, músico y poeta al propio tiempo, tiene la singularidad de haber sido poeta bilingüe: nacido quizá en el reino de Aragón, componía versos indiferentemente en castellano y en catalán:

A mí más me place oyr á Martín,  
Quando canta é tañe alegres vegadas  
Sus cantigas dulces muy bien concordadas  
Así en castellano como en lymosin.

(Núm. 97 del *Cancionero de Baena*.)

Tuvo un hermano llamado Diego, tañedor como él, más conocido que por sus propias canciones por una sátira feroz que contra él lanzó Antón de Montoro, diciendo entre otras lindezas que *el Duque* (de Medina Sidonia) y *el Maestre de Santiago* dormían con su mujer. En el *Cancionero de burlas* hay también algunas coplas, poco picantes ni chistosas, de un Maese Juan el Trepador, guarnicionero de oficio.

En mejor compañía que estos copleros, y algo separados de ellos también por su condición y estado, deben andar los reyes de armas Toledo y Moxica, y el honrado escudero Pedro de la Caltraviesa. De Toledo, que era un mediano poeta erótico, escribió Antón de Montoro en uno de sus epigramas:

¿Cuál quisiérades vos más:  
Que se perdiera la fe  
Ó la planta de Noé?

Fernán Moxica tiene diálogos con su dama muy fáciles y donosos, de cortesano y apacible discreto, y versificados con tanta soltura, que parecen de la época de Castillejo. Muestra pretensiones bastante justificadas de poeta culto: después de la batalla de la Higuera celebró á D. Juan II en un poema alegórico, haciendo gala de seguir como maestros á D. Enrique de Villena y al Marqués de Santillana:

Mas Enrique de Villena  
Con el barón de la Vega,  
Alumbren mi mano ciega,  
Faciendo conclusión llana.

De Pedro de la Caltraviesa dió á conocer Amador de los Ríos un largo y enérgico *decir* en que se pinta con vivos colores y sin ningún género de retencencias la situación moral de Castilla. El estilo fresco y desembarazado de esta pieza conserva cierto sabor popular y patriótico:

Después de muertos los godos,  
Que se ganó el Portugal,  
Non sabian decir todos:  
*Guardabrazos nin brazal,*  
*Placas, almete, gorjal.*  
Tales nombres nin oyeron,  
Mas la batalla vencieron  
Del Puerto de Muradal.  
De penachos non usaron  
Con temor del vendaval,



Los que por fuerza ganaron  
A Jahén et Rabanal.

*Faca extraña nin chival*

Los que digo non decían,  
Empero bien defendían  
Sus capas et su portal.

Lorigas et brafoneras,  
Grand jaez et correal,  
Capellinas con baveras,  
Bacinetes de casual,  
Tiracolas con ramal,  
Faldas, moscaques, panceras,  
Quexotes et canilleras;  
Mazas de medio quintal,  
Caballos de Zacatena,  
Cofia, dagas et frontal,  
Sillas fuertes con cadena,  
Graves estoques, puñal...  
Esta guarnición atal  
Usaron los castellanos,  
Et vencieron por sus manos  
Mucha batalla campal...

La catástrofe de D. Alvaro de Luna, quien todavía dió mayores pruebas de grandeza humana sobre las tablas ensangrentadas del cadalso que en la cumbre del poder y de la prosperidad, tuvo inmensa resonancia en el alma de sus contemporáneos, y dió materia á gran número de poesías, si bien ninguna aventajó al iracundo y vengativo canto que la nobleza castellana levantó por boca de D. Iñigo de Mendoza en el día de su triunfo. Hay composiciones de Mosén Diego de Valera, de Juan Poeta, de Fernando de la Torre (el *Testamento del Maestro*), de Juan Agraz, de Pero Guillén de Segovia, y hasta de un catalán, Berenguer de Masdovelles, que los compuso en su lengua nativa. Casi todos estos versos son hostiles á la memoria de D. Alvaro, como obra de enemigos suyos ó de trovadores asalariados por sus enemigos, y en casi todos domina la idea de que sólo desde aquel día empezaba á ser rey D. Juan II:

Agora eres tú el rey  
Magnífico é soberano:

Agora cumples la ley...  
Bésente todos la mano

le decía Juan de Valladolid. Y añadía Juan Agraz, poeta de Albacete, con más libertad y elevación política:

Rey que siempre deseaste  
Buen faser é buen vevir,  
Pues del sueño despertastes,  
Non vos tornés á dormir...  
Que Dios quiere consentir  
Que vuestra real persona  
Presto pueda redemir  
Lo que cumple á la corona.

.....  
Así como al rey Asuero,  
Incitado por Ester,  
El Bien Sumo verdadero  
Alumbro vuestro poder.  
No ympidades el poder  
Que vos dió la dignidad,  
Nin tornés á someter  
Vuestra excelsa potestad...

Una sola poesía hay de tendencias apologéticas, aunque un tanto embozadas: el *dezir* de Pedro Guillén de Segovia, notable poeta cuyas principales obras pertenecen al reinado siguiente (1).

La impresión que deja el espectáculo de esta abigarrada muchedumbre de copleros de pobre y obscura condición y á veces de infimo origen, tiene algo de extraña y contradictoria. Cuando vemos á un sastre remendón, y judío converso por añadidura, como Antón de Montoro, alternar en correspondencia poética con el marqués de Santillana; y á Juan de Vallado-

(1) *De la poesía política en tiempo de D. Alvaro de Luna* hizo especial estudio Amador de los Rios en dos artículos publicados en la *Revista de España* (1872). El mismo Amador en el tomo VI (capítulo III) de su *Historia Crítica*, y D. Pedro José Pidal en el prólogo al *Cancionero de Baena*, discurren largamente sobre los poetas erudito-populares del siglo xv, y hacen notar su importancia como fuente histórica.



lid, hijo de un pregonero ó de un verdugo, recorrer festejado, no sólo todas las cortes de nuestra Península, sino las italianas de Nápoles, Mantua y Milán, parece á primera vista que el ingenio allanaba todas las distancias, creando una especie de democracia. Pero considerándolo más atentamente, tal ilusión comienza á desvanecerse, y hay que confesar que la mayor parte de estos juglares degenerados hicieron todo lo posible por deshonrar su arte y deshonrarse á sí propios, no sin que en esta degradación moral tuviese mucha parte el género de protección que se les otorgaba, no muy diversa de la que recaía en los truhanes y mozos de pasatiempo. Es de suponer, por ejemplo, que á los ojos de Alfonso V, Juan Poeta valiese todavía menos que aquel Mosén Borra, *miles gloriosus*, que habia trocado la toga del jurisconsulto por los cascabeles del bufón, y á quien el rey se complacía en llenar de oro las faltriqueras y la escarcela, hasta que cayese desfallecido bajo el peso de las monedas. Faltos, pues, de todo ideal y de toda delicadeza artística; divorciados del pueblo é infieles á su origen; faltos también de positiva cultura y de paladar moral; entregados alternativamente á la maledicencia grosera ó á la lisonja vil; profanadores de todo lo sagrado y caballeresco; sabandijas de corte, tanto más despreciadas y vilipendiadas cuanto mayores eran los esfuerzos que hacian para sobreponerse á sus compañeros de domesticidad en aquella lucha de pasquines soeces, presentan el repugnante espectáculo de una jauría de canes hambrientos disputándose los despojos de la mesa de su señor. El *Cancionero de obras de burlas provocantes á risa* es el libro de oro de esta escuela; ya volveremos á él: parece escrito en una mancebía por una reunión de rufianes ébrios. Pero no se ha de negar que esta bárbara poesía tiene un cierto género de vida, grosera y material sin duda, que contrasta con lo amanerado y fastidioso de la poesía amatoria y alegórica de los Cancioneros, y para el historiador im-

porta mucho más que ésta, porque la historia recoge en todas partes las palpitaciones de la vida, y puede descender á todos los lodazales sin mancharse.

Muchos poetas de la corte de D. Juan II, tales como Lope de Estúñiga, Juan de Dueñas, Juan de Tapia, Suero de Ribera, pasaron á Nápoles con Alfonso V, y ya es tiempo de buscarlos en este nuevo teatro abierto á las musas castellanas.

## VII

En 26 de Febrero de 1443 entró Alfonso V, rey de Aragón, en la conquistada Nápoles, con pompa de triunfador romano: coronado de laurel, con el cetro en la mano diestra y el globo áureo en la siniestra, en carro tirado por cuatro caballos blancos, mostrando á sus pies encadenado el *Mundo*. Precedíanle en otros carros alegóricos la *Fortuna* y las *Virtudes*, entre las cuales descollaba la *Justicia*. Un arco inmenso, para el cual se habian derribado cuarenta brazas de muralla, dió ingreso en la ciudad á aquella espléndida y abigarrada comitiva, en que por primera vez se mezclaban Italia y España, y la Edad Media y el Renacimiento. Mientras en una parte sesenta mancebos venidos de Toscana representaban, vestidos de púrpura y grana, los juegos florentinos, en otro lado numerosa cohorte de aragoneses y catalanes, unos en caballos mecánicos, otros á pie, vestidos de persas y de asirios, con lanzas y cimitarras, ejecutaron una danza bélica, seguida de un simulacro de batalla, entonando al par cantos de victoria en su lengua nativa, es decir, los unos en catalán y los otros en castellano de Aragón, según el parecer más probable. *Concitato sensim cantu, ipsi pariter inflammabantur, praeliumque miscebant*, dice el Panormita. Cerraba el séquito la Torre de la Paz, cuya puerta